



Hadad III se hizo tributario de ellos; Elath fué tomada por los idumeos. La decadencia fué mayor bajo Razin, merced á su grande habilidad. Razin (761) se alzó y suscitó pretendientes contra Acáz, á quien Dios quería castigar. Volvió á tomar á Elath, puso sitio dos veces á Jerusalem y destruyó á Acáz: este era el último resplandor de la gloria asiria. Estos resultados fueron su perdición. Acáz, desesperado, llamó en su auxilio á Teglád-falasar.

La Siria no deseaba otra cosa sino aprovecharse de las guerras del Asia Occidental; á todos los enemigos débiles que se disputaban pequeñas provincias, ella les preparaba su mismo yugo.

Inundó en un principio á la Siria con sus carros; Jessur no pudo resistir (533); Emeses se entregó; Damasco la dejó paso libre y fué saqueada. Los vencedores encadenaron á los habitantes y les enviaron á Kir, y de aquí á las

ciudades de Israel, á medida que las despoblaban. Razin había desaparecido; los sucesores de Facés y de Acáz esperaban la misma suerte.

La Siria era culpable, como todas estas comarcas, de que la cólera divina abandonara á los asirios. Damasco tenía que expiar sus crímenes; el Señor había dicho: «Después de haber avisado á Damasco, ha caído por siete veces en las mismas abominaciones.» Las caravanas no volvieron allí más.

Así como la Asiria, oculta detrás del Eufraates, no había recobrado aún su energía, los sirios habían sido elegidos para probar á Israel; pero se hacen inútiles: viene entonces la justicia y les retira como inservibles instrumentos. Dejen paso libre á los nuevos enviados de la venganza. Hubo entonces allí un camino abierto, no ya la Siria y la Judea, sino entre la Judea y la Asiria, y este camino, tantas veces cubierto de sangre, fué la Siria.

CAPÍTULO XV

Asia Septentrional.—La Armenia.—La Armenia y los conquistadores egipcios.—Epoca de independencia.—La Armenia y los conquistadores asirios.—Reaccion contra la Asiria.

Entre los pueblos que pesaban en derredor de la gran dominación asiria, siguiendo sus vicisitudes y adquiriendo su libertad cuando su poder se debilitaba, y sufriendo otras veces su yugo cuando recobraba su nuevo esplendor y poderío, la Armenia merece una especial atención. Ella ha conservado vestigios de su historia cuando otras han quedado sepultadas en el olvido.

Sus vencedores, especialmente, fueron los que conservaron su nombre, haciéndoles inscribir en sus listas triunfales; tiene, no obstante, propios monumentos que no han perecido completamente, y que la ciencia moderna no ha podido descifrar en toda su integridad, subsistiendo aún como testimonios de consulta.

¿Qué fué de los descendientes de la ilustre raza de Haig, reducidos á no ser, en cierta manera, más que los lugartenientes del imperio de Babilonia? No se sabe, sobre todo durante un largo período de tiempo (1).

Parece que sólo las armas de los conquistadores egipcios llegaron hasta ellos, porque Seti I cuenta en el número de sus tributarios á los Armenen ó Remenen, armenios, quienes cortan los árboles de sus bosques como para abrirle paso. Los grandes jefes de los Remenen dicen, adorando al rey de Egipto y glorificando su valor: «apareces como tu padre el sol, y vivificas con tus miradas» (2).

(1) De sentir es, sobre todo después del descubrimiento tan precioso de M. J. Oppert, que permite leer las inscripciones cuneiformes que no hayan sido hasta la fecha objeto de estudio, como se merecían, las del sábio é infortunado Schulze, coleccionadas y depositadas en la Biblioteca Nacional de Paris.

(2) Bajo-relieve de la gran sala del templo de Karnak. Brugsch, *Hist. de Egipto*, pág. 128.

Probablemente la Armenia fué una de las primeras comarcas que sacudieron el yugo egipcio; desaparecen las inscripciones triunfales de Tebas, pero para volver á aparecer entre los vencidos en las inscripciones asirias. En otro tiempo tuvo su era de gloria y de independencia. Uno de sus reyes, Heykab, parece que luchó contra uno de los predecesores de Beloc, y que le venció y le obligó á rendirle homenaje (1). Beloc parece que tomó su defensa, dando muerte á Heykab y reduciendo el reino de Armenia al estado de vasallaje.

No sin grande esfuerzo pudo recobrar la Armenia su libertad, y dar á conocer por todas partes la fama de su nombre después del renacimiento del imperio asirio.

En efecto, hácia esta época parece probable que conviene colocar la gloriosa dinastía, cuyos hechos y grandeza se enumeran en los restos de inscripciones trazadas en las rocas vecinas al lago Van y á la ciudad de Semiramis.

A esta dinastía pertenece el rey Arguistis, que invoca á los dioses de su nación; celebra la sumisión de varias tribus; describe los templos y palacios que ha reducido á cenizas; enumera los cautivos, los caballos, los camellos y rebaños que robó (2).

Trátase nada ménos que de cuatrocientas cincuenta y tres ciudades y ciento cinco templos ó palacios arruinados, veinticinco mil ciento setenta prisioneros, de los cuales dos mil

(1) Bonomi, *Nínive y sus palacios*, pág. 381.

(2) Estas inscripciones ocupan las caras de una roca que los turcos llaman las «cuevas de Khor-khor.» El nombre de Argistis, ó Arguistis, ha sido identificado por el Dr. Hincks, y M. Layard le adopta. *Nínive y Babilonia*.



setecientos treinta y cuatro eran oficiales; setenta y tres mil setecientas cabezas de ganado y de un número muy crecido de otros objetos. Arguistis sería el quinto monarca de su raza (1).

En esta dinastía figuran también, pero no se puede decir en qué época, los reyes de *Ishpumish* y *Minuas*. Una inscripción (2) les representa ofreciendo sacrificios á una multitud de dioses. Háblase también de un nieto de Minuas, que sería el último de su raza. Este extendería su dominación sobre un país que se ha creído fuese Babilonia (3).

Sea de esto lo quiera, es lo cierto que estos monumentos nos permiten establecer, atendiendo á su carácter y antes del renacimiento del imperio de Asiria, entre el octavo y sétimo siglo antes de nuestra era, la existencia de una monarquía que llegó á hacerse independiente de los reyes asirios, incapaces ya de conservar sus dominios al otro lado de la parte inferior de las montañas de Nemrod, al NO. de Nínive; y que quizá reemplazó á sus antiguos soberanos en una buena porción de su imperio.

Véamos ahora la gran dinastía fundada por Bel-Katcrassu «Belítaras;» el imperio de Asiria se constituyó y sus principales esfuerzos se dirigieron á volver á someter bajo su yugo á los descendientes de Haig. La lucha será larga y encarnizada y llena de vicisitudes.

Por una parte, se ve á los conquistadores siempre en armas, por otra, á los vencidos siempre en rebelión.

Por esto Teglat-Pileser III exclama en la larga enumeración de sus victorias: «En el noveno año subí á la Armenia y tomé la ciudad de Lunanta, con el auxilio de Assarac y de Sut; obtuve la posesión de la persona de Sut-Bel-Herat. En la ciudad de Umen (?) le amarré con cadenas. Después de esto, condené á la esclavitud á Sut-Herat y á los jefes que le acompañaban.»

(1) Estas cifras han sido tomadas de dos inscripciones leídas por M. Layard, *op. cit.*

(2) Es la inscripción de Meher-kapusa, colocada sobre una roca en una importante villa cerca de la ciudad de Van. Estos mismos nombres se leen en dos inscripciones que hay en la iglesia de San Pedro y San Pablo.

(3) Esta identidad es del Dr. Hyncks.

Más tarde vuelve á decir: «Continué hasta la comarca perteneciente á Arama, que era rey de Ararat. Tomé la ciudad de Arnia, que era la capital del país, y entregué al saqueo cien ciudades que dependían de ella. Di muerte á los rebeldes y me apoderé de los tesoros. «Hé aquí en fin una tercera expedición.... «Después de esto, subí á Habaril una de las principales ciudades pertenecientes á Arama, y allí recibí los tributos de Berberanda, rey de Shetind, consistentes en oro, plata, caballos, ganados, bueyes, etc., etc.» (1).

Después Salmanasar III se ve obligado á renovar las conquistas de su abuelo, y se envanece de ellas. El gran Sargon, escribiendo sobre los muros de sus palacios de Korsabad el recuerdo de sus importantes hechos, conserva los anales interiores de la Armenia estremecida. Léase lo siguiente y se verá la huella de las «intrigas» y de las «sublevaciones», que no eran sino ensayos para sacudir el yugo de las «usurpaciones», que no eran á su vez sino actos de independencia, de las «represiones», y de las sangrientas «venganzas.» Mientras Iranzu de Van vivía, estaba sometido y al servicio de mi imperio; pero la suerte le arrebató el trono. Sus súbditos colocaron en él á su hijo Aza. Ursa, el Armenio, intrigó con los pueblos del monte Mildis, de Zakarta, con los grandes de Van, y les indujo á la rebelión. Ellos abandonaron el cuerpo de su señor Aza en la cima de las montañas. Ullusun de Van, su hermano, que habían puesto en el trono, se interesó apasionadamente por Ursa, y le dió veintidos plazas fuertes con sus guarniciones. En la cólera de mi corazón, contaba con los ejércitos del Dios Assur y yo avancé para atacar á este país. Ullusun de Van salió con sus tropas y se mantuvo en lugar seguro, en las vertientes de las altas montañas. Yo ocupaba á Izirti, la ciudad de su reino, y las ciudades de Izibia, de Armit, sus formidables fortalezas; las reduje á cenizas; saqué todo lo que pertenecía á Ursa, el Armenio;

(1) Véase á Bonomi, *op. cit.*, p. 381; da, según el coronel Rawlinson, la traducción de estas inscripciones sacadas de un obelisco encontrado en Nimrud y depositado en el museo británico. M. J. Oppert, *Anales de filosofía cristiana*, Noviembre, 1856.



tomé por mi mano doscientos cincuenta miembros de su familia, ocupé cincuenta y cinco ciudades amuralladas y las reduje á cenizas. Las veintidos ciudades fortificadas de Ullusun que Ursa había tomado, las incorporé á la Asiria. Después tomé á Sagadata, en el monte Mildis (1).

Se puede conjeturar por esta relación, que los reyes de Van (2), es decir, la Armenia Meridional, sufrían la dominación de la Asiria con más facilidad que el resto de la Armenia. De aquí la sublevación de Ursa después de la muerte de Iranzu y bajo Aza; de aquí la insurrección á que es arrastrado Ullusun, y la terrible revancha que de ella tomó el rey de Asiria.

Esta revancha aseguró á los Sargónidas la pacífica posesión de las provincias armenias; el reino tributario se humilló por temor, y aun

(1) Los *Fastos de Sargon*, rey de Asiria (721 á 703 antes de Jesucristo), traducidos y publicados según los textos asirios de la gran inscripción de las salas del palacio de Korsabad, por J. Oppert y J. Menand, 1863, en folio.

(2) Van, la «ciudad de Semiramis» (Véase el tomo I, p. 814), era verosíblemente la capital de la Armenia Meridional.

ofreció un asilo á los dos hijos de Senaquerib, asesinos de su padre, y huyendo delante de su hermano Assar-Haddon, virey de Babilonia. Pero esta retirada fué un destierro y quizás una tumba: los parricidas no salieron de allí.

Acaso esta circunstancia hizo que comenzase para la Armenia un nuevo período de semi-independencia. Quedaron plenamente libres á la caída de Sardanápalo. Sus reyes ó sus príncipes se habían unido á los medos; compartieron sus destinos políticos como habían compartido sus creencias y su origen (1). El armenio se acordaba que era de la raza de Jafet, como los aryaes de la Bactriana, y fué un poderoso aliado de Arbaces. La reconstitución del reino armenio fué el precio de esta alianza, y Tigrañes I ocupaba el trono levantado por Baruir cuando apareció Ciro el Grande.

(1) J. Boré, la *Armenia en el Universo pintoresco*; Dulaurier, *Cantos populares de la Armenia*; M. Robion, *Historia antigua de los pueblos del Oriente*, página 228, nota con razón, según M. Boré, la identidad de la raza armenia con la raza jafética. La lengua armenia, había notado el sábio lazarásta (*Armenia*, pág. 181), no es primitiva, sino hermana del persa y del sanscrito; es un idioma aryo.